

Ella le tendió la frente esperando un beso, y el pobre muchacho se inclinó y le besó la mano con noble acatamiento.

Quedóse algo asombrada Carmencita de la actitud turbada del que llamaba su hermano; apoyándose en la reja oía cómo se alejaba el caballo de Salvador y pensaba:

—¡Es que está malo, de verdad, el padrino!

III

Habían colocado una lámpara sobre la mesa, y don Juan y don Pedro se pusieron á mirar al de Luzmela. Parecía más hundido en el sillón que otras veces y como si los ojos se le hubiesen agrandado.

Sirvieron en seguida el chocolate humeante y espumoso, y mientras don Manuel lo tomaba á sorbos, con esfuerzo, el cura y el maestro lo saboreaban con deleite, mojando en los delicados pocillos hasta el último bizcocho y la última rebanada de pan rustrido.

Se había iniciado una trivial conversación, rota á cada bocado de pan ó de bizcocho, hasta que retiradas las bandejas de encima del tapete, el criado presentó otra grande, de plata, con la correspondencia.

Miró don Manuel los sobres de sus dos ó tres cartas, y las apartó indiferente; el maestro abrió un periódico y comenzó la habitual lectura.

Había el caballero cerrado los ojos; tenía las manos cruzadas sobre las rodillas.

Don Juan, á veces, hacía un punto en su tarea y por encima del papel miraba con inquietud al enfermo.

También don Pedro le observaba con atención, y miraba después á don Juan.

Y cuando ya los dos se estaban alarmando por aquella quietud momificada de su huésped, éste dió un respingo en la silla y dijo, con la voz entera y sonora.

—Perdone un momento, don Juan; me van ustedes á permitir unas preguntas, y aunque les parezcan extrañas han de responderme sin hacer comentarios, ¿no?

Don Manuel había estado en América dos años, y esta interrogación expresiva ¿no?, importada de aquel mundo joven, la usaba todavía en ciertos momentos.

Se miraron con sorpresa sus dos contertulios, y ambos dijeron que «sí» varias veces, en contestación á aquel «no» interrogante.

—Vamos á ver—indagó el solariego, que parecía un resucitado—: á ustedes ¿qué les parece de mi hermana?

Hubo un silencio explicable, y á la par respondieron los dos señores:

—Nos parece bien; ya lo creo, muy bien...

—¿Creen ustedes que es buena?

—Ya lo creo; muy buena, sí señor.

—¿Y no dicen por ahí que es rara?

—Un poco rara; pero, poca cosa...

Hubo otra pausa, y aseveró don Manuel.

—¿De modo que á ustedes les merece excelente opinión?

—¡Excelente!

El de Luzmela volvió á recostarse en el sillón, cerró de nuevo los ojos y cruzó otra vez las manos murmurando:

—Siga, siga la lectura, don Juan, y dispensen.

Don Juan leyó otro ratito; él y don Pedro se miraban mucho aquella noche, y, más temprano que de costumbre, se despidieron.

Encontraron en el corredor á Rita, que subía con Carmen de la mano, y le dijeron:

—El amo está peor, ¿eh?

—¿Peor?

—Mucho peor: tengan cuidado.

Aunque hablaban con misterio, la niña se enteró, y preguntó con ansia.

—¿Mi padrino?

Ellos ya bajaban la escalera y no respondieron nada.

Rita aceleró el paso llena de inquietud.

Carmen tenía los ojos muy abiertos en la semiobscuridad del pasillo, y toda su alma se asomaba por ellos como escudriñando las tinieblas del porvenir.

Llegando á la sala, la mujer y la niña fueron derechas al sillón, y mientras Carmen se inclinaba devota á besar las manos del enfermo decíale Rita acongojada:

—¿Se siente mal?

Sin responder á esto, el de Luzmela preguntó á su vez, mirando á la vieja:

—Oye, ¿á ti qué te parece de mi hermana: es buena?

Atónita la mujer, creyó que deliraba su amo, y él quiso disipar aquel asombro explicando:

—No estoy «de la cabeza», Rita, no te apures, y responde.

Dijo Rita:

—Buena es su hermana, ¡qué ocurrencia!

—Podía no serlo...

—Yo poco la tengo tratada; casóse apenas yo vine..., ¿no se acuerda?

—Pero, ¿qué has oído por ahí?

—Que es algo rara, algo «maniosa»; pero buena sí.

Don Manuel solloquió:

—¡Todos dicen que es buena!

—Sabe, que el genial se la habrá corrompido algo con las desazones; pero el fondo será querencioso y noble como el de todos los amos de Luzmela...

Tenía el enfermo una placentera expresión cuando volvió la cara hacia Carmen, que atenta escuchaba á su lado:

—Y á tí, hija mía, ¿qué te parece? ¿quieres á mi hermana?

La niña clavó en él su mirada límpida, y también preguntó:

—¿La quieres tú?

—Yo sí.

—Pues yo también, sí...

—¿Te gustaría vivir con ella?

Carmen dijo prontamente:

—Quiero vivir contigo—y le echó los brazos al cuello con ternura.

El la enlazó en los suyos lleno de emoción, murmurando con la voz quebrada.

—Pero si yo tuviera que marchar...

La niña, sollozante, respondió al punto:

—No, no, por Dios; llévame entonces contigo.

Rita hacía pucheros y se llevaba á los ojos la punta del delantal, y don Manuel, incapaz de prolongar aquella escena sin descubrir el

profundo dolor que le poseía, trató de calmar á la niña con tranquilizadoras palabras.

Cuando Carmen, un poco engañada, alzó la cabeza y miró al hidalgo, le vió demudado y con el rostro humedecido. Angustiada todavía, le preguntó:

—¿Lloras?...; ¿sabes tú llorar?

El trató de sonreír diciendo:

—¡ Si son lágrimas tuyas!

Y la despidió con un beso muy grande...

En la alta noche, cuando el monumental lecho de roble crujía sacudido por el convulso llanto del enfermo, murmuraba el triste:

—¡ Que si sé llorar!... ¡ Hija mía, hija mía!...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1655 MONTERREY, MEXICO

IV

Después de aquellos primeros ocho días, la vida en Luzmela recobró su aspecto acostumbrado.

Carmencita dió sus lecciones con don Juan y bordó su tapicería en un extremo del salón bajo la mirada solícita del solariego, que parecía un poco aliviado de sus achaques.

Salvador hizo al enfermo la cotidiana visita, larga y cariñosa, y el maestro y el cura fueron todas las noches, como de costumbre, á hacerle un rato la tertulia á don Manuel.

La numerosa servidumbre del palacio, engolfada en el trasiego de las cosechas, llegó casi á olvidar la angustia de aquella mañana en que el notario de Villazón entró solemne-

33345

mente al despacho del amo, y llegando poco después muy descolorido el señorito Salvador, fueron avisados don Pedro y don Juan, con barruntos de testamento.

Una ansiedad dolorosa había conmovido á los servidores de la casa, todos obligados, por innúmeros favores, á guardar á su señor una fidelidad sagrada, y todos capaces de cumplir esta noble obligación. ¿Acertaría el de Luzmela en los pronósticos que hacía de su muerte? ¿Iría á caer ya, marchito para siempre, aquel único tronco de la ilustre casa de la Torre y Roldán?...

Durante algunos días estos temores pusieron en la vida, siempre melancólica, de aquella mansión, un sello de tristeza y de inquietud profundas. Todas las voces se hicieron quedas y suspirantes alrededor del amo, que, sumido como nunca en sus cavilaciones y añoranzas, cayó en un abatimiento alarmante.

Pero habíase esponjado de nuevo el cuerpo lacio y consumido de don Manuel; se erguía en el sillón con más arrogancia y tenía el semblante más placentero y despejado.

Se fué tranquilizando la buena gente de la casa y volvieron en ella las labores á su centro natural.

Sólo en los ojos hechiceros de Carmencita

quedó encendida la penosa expresión de la duda, y á menudo posaba esta llama inquieta en el enigma de los días futuros como una interrogación inconsciente.

Don Manuel sueña, como la tarde en que le conocimos.

También ahora tiene los ojos abiertos sobre la cabeza gentil de Carmen; pero la niña no juega ni borda en el salón; está en el jardín, hundiendo distraídamente la contera de su sombrilla en las hojas secas amontonadas por los senderos.

El ábrego ha saltado brioso al amanecer, y ha despojado á los árboles de sus últimas galas, ya mustias.

Tiene el cielo una intensidad de azul rara en Cantabria; á través de una atmósfera de limpidez exquisita, todo el valle y los montes se abarcan de una sola mirada desde el bal-

cón adonde asoma el de Luzmela su paciente silla de enfermo.

Algunas veces, sus ojos cargados con las imágenes de sus pensamientos se alzan un momento al cielo, al monte ó sobre el valle, para caer siempre en éxtasis de adoración encima de la niña...

Soñaba...

Veía aquella mujer bella y pura que tenía los ojos y los cabellos lo mismo que Carmencita; tenía también su misma sonrisa serena y su misma voz de plata. La veía caer acechada, perseguida por él, atropellada por su loca pasión, y asistía á todo el horror de su vergüenza, á todas las horas atormentadas de su vida, hasta que ésta se extinguió en agonía trágica.

Con haber amado él tanto á aquella mujer, ¿fué ella el grande amor de su vida?... No: su amor inmenso y puro, supraterráneo, inmortal, era la criatura recogida por compasión, como despojo palpitante de la tremenda aventura cuya memoria dolía siempre en el corazón del hidalgo. ¿Cómo pagaría su conciencia aquella deuda enorme? ¿Acaso él no fué el único culpable? ¿No lo fué siempre, en todas las ocasiones en que una mujer encendió su deseo?...

Con tales remordimientos estaba el de Luz-

melá perturbado, y por esquivar tan íntima turbación, ó porque fuese aquélla para él una hora de evocaciones aventureras, cayó de pronto en su memoria otra página galante de sus años mozos.

Esta no había quedado mojada de lágrimas: risueña y gozosa, fué otra de sus grandes locuras. Y se iba aplaciendo el semblante angustiado del caballero al recordar aquella su expedición á las Américas, dueño y señor de una criolla que le adoraba.

Ella le había pedido, con cálidas frases de ternura, un viaje á su país, de donde seguramente la trajo otra aventura amorosa. ¿No valían sus caprichos la pena de «botar la plata»?... Fué el viaje una pura gorja en que á cada momento tuvo la bella indiana descubiertas por tentadora sonrisa las perlas nitescentes de su boca. Era una delicia vivir y gozar tanto, ¿«no»?...

Ya se había aclarado toda la cara macilenta del enfermo con esta placentera memoria cuando Carmen gritó sobresaltada desde el jardín.

—¡Padrino, la *netigua*; espántala!

Y un ave de blando volar, de uñas corvas y corvo pico, se sostuvo, retadora, un instante en el vano del balcón, agitando sus plumas remeras y graznando con lúgubre tono.

Desde las lueñas playas de la América virgen volvió el de Luzmela los ojos al pajarraco agorero, y le ahuyentó de un manotazo en el aire con enojo violento; en seguida buscó la mirada de la niña y encontró en ella una singular expresión dolorosa, como sólo recordaba haberla visto igual en los ojos de otra criatura: de aquella triste pecadora que murió del dolor de haber pecado... ¿De dónde había sacado Carmen aquel secreto penar que se le declaraba en los ojos? Sólo sabía don Manuel que desde hacía algún tiempo el rostro de la niña estaba ensombrecido por alguna extraña tristeza que á menudo ponía en su mirada una revelación; y aquel destello misterioso llenaba de pesadumbre el alma del caballero.

Hizo un esfuerzo por levantarse, y apoyado en el barandaje de hierro, le dijo:

—¿Pero te da miedo la *nétigua*?... No te asustes...; se fué ya. Sube...; ¿no quieres subir?...

Ella alzó el azahar de su mano señalando al cielo, y por toda respuesta murmuró:

—Todavía... padrino.

El ave fatídica se cernía obstinada sobre el jardín.

Carmen corrió á la casa y subió al salón.

Ya don Manuel había vuelto á sentarse y la esperaba.

La niña fué derecha á sus brazos con una inexplicable emoción, y su voz llorante interrogaba:

—¿No te irás, padrino? ¿Nunca te irás?
¿No me dejarás nunca con doña Rebeca?

El, absorto, clamó:

—¿No la quieres?

—No, no; ¡qué miedo, qué miedo tan grande!

—¿Pero de quién, hija mía?

Paró un coche en la portalada, y Carmen, sin soltarse del cuello del hidalgo, gimió.

—Otra vez la *nétigua*...

Volvió el ave á aletear á la par del alero, graznando agresiva, cuando abriendo la puerta del salón anunciaron:

—Doña Rebeca.

Carmen imploró.

—Viene á buscarme; ¡no me dejes, por Dios, no me dejes!

El de Luzmela había doblado la cabeza sobre el hombro de la niña, y sus brazos se iban aflojando en torno al cuerpo grácil de la criatura.

Cuando doña Rebeca entró en la sala y se acercó al grupo, viendo la cara mortal del enfermo, increpó á la niña.

—¿Le estás ahogando?

Ella apartóse prontamente, diciendo:

—¿Yo?

Y al soltarse de aquel abrazo ardiente vió con horror cómo el cuerpo de don Manuel se desplomaba sobre el respaldo de la silla.

Miraba el moribundo á Carmen con una angustia infinita. Había adivinado tardíamente sus terrores y sus penas. La muerte llegaba implacable, sin darle acaso tiempo para reparar su fatal error, fruto de tantas meditaciones, y que ya antes de consumarse causaba á Carmen una desolación tan profunda...

Todo lleno de espanto, el corazón de Carmencita se le subió á los labios para gritar, con afanosa ternura:

—¡Padre!...

Y de nuevo trató de abrazarle la infeliz.

Doña Rebeca la separó del caballero con aspereza, diciéndole:

—¡Qué padre ni qué ocho cuartos!

El de Luzmela abrió entonces los ojos inmensamente, con tal expresión desesperada y colérica, que la señora echó á correr, mientras la niña, vacilante, caía de rodillas, suplicando:

—¡Dios mío, Dios mío!

A los gritos de doña Rebeca acudió alarmadísima la servidumbre, y entre ayes y lamentaciones fué el moribundo transportado á su lecho.

En el más ligero caballo de la casa partió á escape un hombre á buscar al médico, y otro voló á buscar al cura.

Doña Rebeca husmeó en la capilla, procurándose auxilios piadosos para aquel trance, y volvió al cuarto de su hermano, donde, muy diligente, encendió la vela de la agonía.

Antes había dicho á Carmencita, que trataba de acercarse á don Manuel:

—Aquí sobran los chiquillos; vete allá fuera.

La pobre criatura, desorientada y llena de temor, volvió á la sala, y de nuevo se hincó delante del sillón vacío.

Entretanto, el de Luzmela pugnaba en vano por hablar. Su vida parecía haberse reconcentrado en los desorbitados ojos, que miraban con insensatez, hasta que, tras un nistagmo penoso, los cerró para siempre.

Había caído la tarde en una serenidad dulcísima; algún caliente suspiro del ábrego removía en el jardín las hojas secas, llevando hasta la ilustre casa de la Torre y Roldán, clara y distinta la voz solemne del *Salia*, eterno arrullador de la vega.

Carmencita, absorta en su desconsuelo, se levantó de pronto estremecida por un resoplido siniestro, y, toda temblorosa, gritó una vez más: